

FIDEL CASTRO - Despedida de duelo en el
* - - - - - Cementerio de Colon, en
el entierro de André Voisin.
Martes, 22 de Diciembre de 1964.

.... (Las primeras palabras no se pudieron captar).

.... no regateaba energías a su obra. Hombre ejemplar a la vez que de estudiante, no le preocupaba la.... ; no consideraba que ninguna edad era inadecuada para estudiar y próximo a cumplir 62 años, todos los días dedicaba una hora al estudio del idioma ruso. Era uno más entre numerosos idiomas que ya prácticamente dominaba, en su afán por leer directamente de las obras escritas en el idioma ruso, los avances de la ciencia en aquel país, y con relación a la cual se interesaba, sobre todo, como él nos decía, en las investigaciones que con relación a los microelementos se realizan en la Universidad de Riga.

Hombre sin prejuicios. Tuvo la capacidad de ver la complejidad del mundo. Hombre sin fronteras, no tuvo la menor vacilación en visitar a nuestro país. No tuvo prejuicios para visitar a Cuba; no lo engañaron las cosas que podían decirse, porque demasiado sagaz, demasiado inteligente, verdaderamente sabio, sabía distinguir entre la verdad y la mentira, entre las formas y las esencias. Y la única duda que tuvo con relación a Cuba la dijo con toda lealtad, con toda honestidad desde el primer día que nos habló públicamente, al reconocer que dudó por que pensaba que en nuestro país no había desarrollo técnico o desarrollo cultural suficiente. Grande fué su impresión. Igualmente grande fué su admiración y por eso a algunos compañeros les dijo que Cuba era un país por descubrir.

Hombre científico, su concepción era cada vez universalista, no consideraba la ciencia patrimonio de un hombre, estimaba que todas las investigaciones debían ser de provecho de todos los hombres, sin excepción de fronteras.

Ese carácter universalista de su pensamiento lo demuestra en su conducta, los múltiples viajes que dió por todo el mundo, el interés que mostró por las cuestiones de un país pequeño como el nuestro; ese carácter universalista lo demostró en su criterio, su idea expresada en reiteradas ocasiones a su esposa, que según nos refirió ella, decía que si moría en cualquier país donde él iba a realizar algún estudio o iba a brindar algunas conferencias, deseaba que se le diese sepultura en ese país.

Y eso demuestra el carácter universal de su pensamiento, Y sin embargo, era a la vez profundamente amante de su país, de la cultura de su país, del desarrollo técnico de su país, y anhelaba que nuestro pueblo pudiese también valerse de esa cultura, de ese desarrollo técnico. Su mentalidad, como dije el día de la inauguración de sus conferencias, era profundamente dialéctica, no veía la naturaleza como algo estático, inmovil, no tenía una fotografía de la naturaleza, sino su concepción era algo así como una película de la naturaleza, de la naturaleza infinitamente cambiante, de los infinitos fenómenos de la naturaleza. Pero había en él algo más que un científico, una característica de la cual nuestro pueblo se percató muy pronto, y era su carácter profundamente humano.

Es justo, correcto, que digamos aquí que el Profesor André Voisin se caracterizaba por su magnitud humana. Era un hombre que no pronunciaba una sola palabra por simple cortesía, por simple espíritu diplomático. No, es que cada gesto suyo, cada palabra suya, cada opinión suya destilaba bondad, generosidad, decencia. Su actitud con respecto a los Derechos de Autor de las conferencias que hacía en Cuba, su decisión de donar para los damnificados del ciclón los derechos que le correspondieran por la venta de ese libro en cualquier parte del mundo, su petición de donar los derechos que le correspondían por su libre "Las Nuevas Leyes Científicas de la Aplicación de los Fertilizantes", que se vendieran en Cuba.

Esa actitud suya, ese desprendimiento suyo, consecuente con toda su obra, consecuente con todo su estilo, consecuente con toda su vida, nos mostraba un hombre extraordinariamente humano, extraordinariamente noble, extraordinariamente bueno.

Y esa faceta de su carácter bien pronto la captó todo el mundo, la captaron todos aquellos que pudieron tratarlo de cerca, la captaron todos aquellos que tuvieron que escucharlo. Porque su obra propiamente empezaba a ser conocida. Despertó la curiosidad de todos nosotros apenas comenzó a plantear ciertos problemas despertó la curiosidad de todo el pueblo, cuando nos señalaba ciertas cuestiones que a todos nos asombraban, como aquella que el átomo de un elemento, entre 10 mil millones de átomos podía tener importancia para nuestra salud y para nuestra vida.

Pero en fin, su obra todavía no había sido conocida. Y sin embargo, el otro aspecto de su personalidad y de su carácter sí fue comprendido inmediatamente por nuestro pueblo.

Además, es preciso resaltar que como hombre de ciencia no creó nada que pudiera hacer daño a la humanidad. No inventó nada que pudiera dedicarse a destruir, a matar. Toda su obra científica es una obra que sólo puede ser puesta al servicio del hombre, de la salud, de la vida humana, y en él se revelaba ese sentimiento de que la ciencia debía ser para el bien del hombre, y de que el objeto de la ciencia era el hombre; sus sentimientos de profundo amor a la humanidad eran evidentes.

Pero nosotros estamos seguros de que el Profesor André Voisin será más admirado aún, más justipreciado aún, en la misma medida en que nuestro pueblo lea sus libros y conozca su obra. Estoy seguro de que ese sentimiento que lo acompañó hasta su última morada en nuestro país irá creciendo a medida de que sus ideas, su gran aporte vaya siendo conocido. Y por eso, en un caso como este cobra vigencia plena aquello de que los hombres generosos, de que los hombres buenos, de que los hombres que sirven a la humanidad, de que los hombres que trabajan para la humanidad, de que los hombres que crean para la humanidad, de que los hombres que aportan a la cultura humana, su inteligencia, nunca mueren.

Puede decirse aquí con toda objetividad que quien aparentemente ha desaparecido de entre nosotros, tendrá sin embargo cada vez más influencia entre nosotros, tendrá más familiaridad entre nosotros, tendrá más admiración entre nosotros.

El dijo o expresó o deseó algo para nosotros perfectamente comprensible cuando dijo que deseaba descansar allí donde muriera. Es que él sabía que tenía derecho a aspirar a eso. Porque como hombre bueno y noble, sabía que esos sentimientos son sentimientos de un valor universal. Como hombre de ciencia, sabía que la ciencia tenía un valor universal. Como hombre conciente de que trabajaba para la humanidad, sabía que cualquier nación del mundo podía albergar sus restos. Que tenía derecho a descansar respetado y en paz en cualquier rincón de la tierra. Nuestra tierra, por ejemplo, donde descansarían los restos del Profesor Voisin, era por eso también su tierra. Él tenía derecho a nuestra tierra, al igual que todos tenemos derecho a sus ideas, a su esfuerzo, a su trabajo científico.

El y los hombres como él pertenecen a todos los pueblos sin distinción de fronteras. Y los pueblos, sin distinción de fronteras, pertenecen a él y a hombres como él.

Y nuestra Universidad, al concederle el título de Doctor Honoris Causa, título que él aceptó con júbilo, con entusiasmo, con orgullo, puede decirse que no consistió en una honra que nuestra Universidad le hiciera al Profesor Voisin, sino que consistió en un gran honor para nuestra Universidad poder contar con el Profesor Voisin entre sus Doctores Honoris Causa.

El Profesor Voisin, cuya presencia desgraciadamente efímera, cuya marcha ocurre en el instante en que más y más se familiarizaba con nuestros problemas, en que más y más deseaba responder a innumerables preguntas, cuando ya empezaba a elaborar una serie de ideas concretas relacionadas con nuestro país, señaló con su presencia un extraordinario salto de calidad para nuestra ciencia y para nuestra cultura, señaló ese instante revelador en que una cuestión científica se sale del círculo correctivo, se sale del marco de los institutos, de las academias y de las universidades para convertirse en un tema de interés para todo el pueblo. Señaló el instante verdaderamente extraordinario y a lo cual él contribuyó con su personalidad, a lo cual él contribuyó con su amenidad, en que cientos de miles de personas escuchaban con devota atención y extraordinario interés cuestiones científicas que antes no salían del marco reducido de personas y concientes de eso, concientes de que un número extraordinario de personas lo escuchaban, se esforzaba por hablar en un lenguaje claro, y esa es una de las características de su obra, que puede ser comprendida, que puede ser entendida por todos.

Tenía sabiduría suficiente como para hacerse comprender, ya que bien puede decirse que quien mejor domina un tema es aquel que sea capaz de hacer que los demás comprendan ese tema, el que más domina en una materia son aquellos que son más capaces de hacer que esa materia pueda ser entendida por aquellos que escuchen su explicación.

Y así él se esforzaba extraordinariamente porque sus conferencias, sus charlas pudiesen ser comprendidas por el pueblo.

Es verdaderamente dolorosa su muerte. Podía ser aún más útil. Podía haber aportado mucho más. Pero hay algo que puede decirse. Que su muerte no frustra su vida. Que su muerte no frustra su pensamiento. Porque lo esencial de su pensamiento, científico, lo esencial de su concepción había sido desarrollado ya. Estaba plenamente elaborado. Y de tal manera él tenía conciencia de que había ya realizado este aporte, de que había ya elaborado sus ideas, que a su propia esposa le dijo el día antes que ya podía morir, que ya sentía esa felicidad, esa seguridad de que su esfuerzo no había sido inútil.

Y lo decía cuando sus condiciones de salud eran buenas, cuando sus condiciones de salud eran aparentemente magníficas. Pero es que la más recia salud no habría podido resistir esa tremenda carga de trabajo que pesaba sobre la salud del Profesor Voisin, por su pasión por la ciencia.

Y acaso era casualidad que en la persona del científico Voisin se juntara a la vez la persona de un hombre magnífico?. No. No era casualidad. Porque lo que hizo del Profesor Voisin un sabio, lo que hizo del Profesor Voisin un gran científico era su amor al hombre, era su condición de hombre bueno, su pasión por el hombre. Es por eso que en él se juntaron, no por casualidad estas dos características, la de un sabio que desarrolla una concepción en favor, una concepción de extraordinario interés para la humanidad, y eso es posible debido precisamente a que era un hombre bueno, un hombre noble, un hombre generoso, una persona extraordinaria. Su amor al hombre inspiró esa pasión por la ciencia al servicio del hombre. Y por eso, en su persona vemos esos dos aspectos.

En el día de ayer también coincidiendo con la muerte de nuestro querido Profesor Voisin, falleció también un compañero del Ejército Rebelde, un Comandante de nuestro ejército, que era Sacerdote y durante la guerra se unió a nuestras fuerzas revolucionarias, que por su actitud, por su conducta se ganó la estimación de todos, que llegó a alcanzar el grado de Comandante de nuestro Ejército Rebelde, y que su amor a la revolución no estuvo nunca reñido con su condición religiosa, sus creencias religiosas no fueron por el abandonadas y no estuvieron nunca en contradicción con sus convicciones, sus sentimientos de hombre y de ciudadano.

He aquí como la vida nos educa. He aquí como la vida nos enseña. He aquí como los hombres en pos de algo y ese algo es la idea del bien, ese algo es el amor a los demás, ese algo es el amor al pueblo, el amor a la humanidad, se unen estrechamente en pos de ese mismo fin, en muchas ocasiones por encima de ideas religiosas de uno u otro tipo, de su carácter político o apolítico.

Y en el día de ayer, el mismo día dos hombres de características especiales murieron. Y en el dolor de su muerte, meditando sobre su vida y su conducta, vemos con claridad estas cosas. Desgraciadamente no pudimos estar, porque no podíamos estar al mismo tiempo en dos sitios distintos, también allí junto al compañero querido que murió también en el día de ayer.

Pero no estuvimos tampoco ausentes de su tumba. Nuestros corazones estuvieron allí también.

Y así, ha sido hoy un día duro, un día amargo, un día triste, pero a la vez un día ejemplar, un día singular. Porque muchas veces hemos venido al cementerio a traer unas veces a un compañero muerto en una circunstancia o en otra, a un compañero militante de las filas revolucionarias, a un soldado de la patria caído en combate, y hoy, con no menos devoción, con no menos cariño, con no menos sinceridad y con no menos dolor, hemos venido a dar sepultura a un hombre que no nació en nuestra tierra, a un hombre que no era un militante de nuestra causa, a un hombre que no era un soldado de nuestro ejército o de nuestra revolución. Hemos venido a acompañar con profundo sentimiento de respeto, a rendirle el tributo de nuestro cariño y nuestro reconocimiento a un científico, a un hombre excelente, a una persona de extraordinaria calidad humana.

Y eso dice mucho de nuestro pueblo. Eso honra a nuestro pueblo. Eso enaltece a nuestro pueblo. Porque era impresionante esta presencia multitudinaria, ese respeto, ese dolor que se veía en los rostros, y habla verdaderamente muy alto de un pueblo que es capaz de alcanzar una dimensión tan universal en sus sentimientos, en su conciencia, en su capacidad de comprender, de reconocer y de agradecer y de admirar a aquellos que de un modo o de otro nos ayudan, que de un modo o de otro ayudan a la humanidad.

Con ese sentimiento hemos venido a acompañar los restos del Profesor Voisin. Sabemos que mucho nos queda por aprender de él. Sabemos que mucho más lo conoceremos con el andar del tiempo. Sembró entre nosotros, sembró por ejemplo, esta idea magnífica de crear una Facultad de Ecología Humana, y a esa idea no le faltarán brazos que la cultiven, no le faltarán voluntades que se dediquen a ella, no le faltará el calor de nuestra Universidad, de nuestros técnicos y de nuestros científicos.

Aquí han quedado los restos del Profesor Voisin, pero aquí, con toda seguridad, sus ideas florecerán, sus ideas tendrán acogida, aquí, en nuestro pequeño país, quizás como en ningún otro sitio, sus ideas serán divulgadas, serán conocidas, y serán aplicadas. Y eso ha de ser con toda seguridad un consuelo para su ejemplar esposa, un alivio en estos instantes de dolor para su magnífica compañera, que contemple admirable, lejos de su país ha tenido que afrontar esta dura adversidad.

Y estimamos que ella no se haya sentido sola ni una sola vez, del cariño de todo un pueblo, del cariño de todos los que escucharon, conocieron y admiramos a su esposo, la hayan fortalecido y la hayan hecho sentirse acompañada en estas horas duras y difíciles y le decimos en nombre de nuestro pueblo que esta tierra donde descansan los restos de su esposo, es también su tierra, es también como si fuera su patria, y aquí podrá estar, venir cuantas veces lo desee, aquí donde descansan los restos de su esposo, como si estuviera en su propia patria; y que esto no es un derecho que nosotros le concedamos, sino un derecho que su ejemplar, digno, bondadoso y sabio compañero supo ganarse. Muchas gracias. (APLAUSOS).

FIN.
